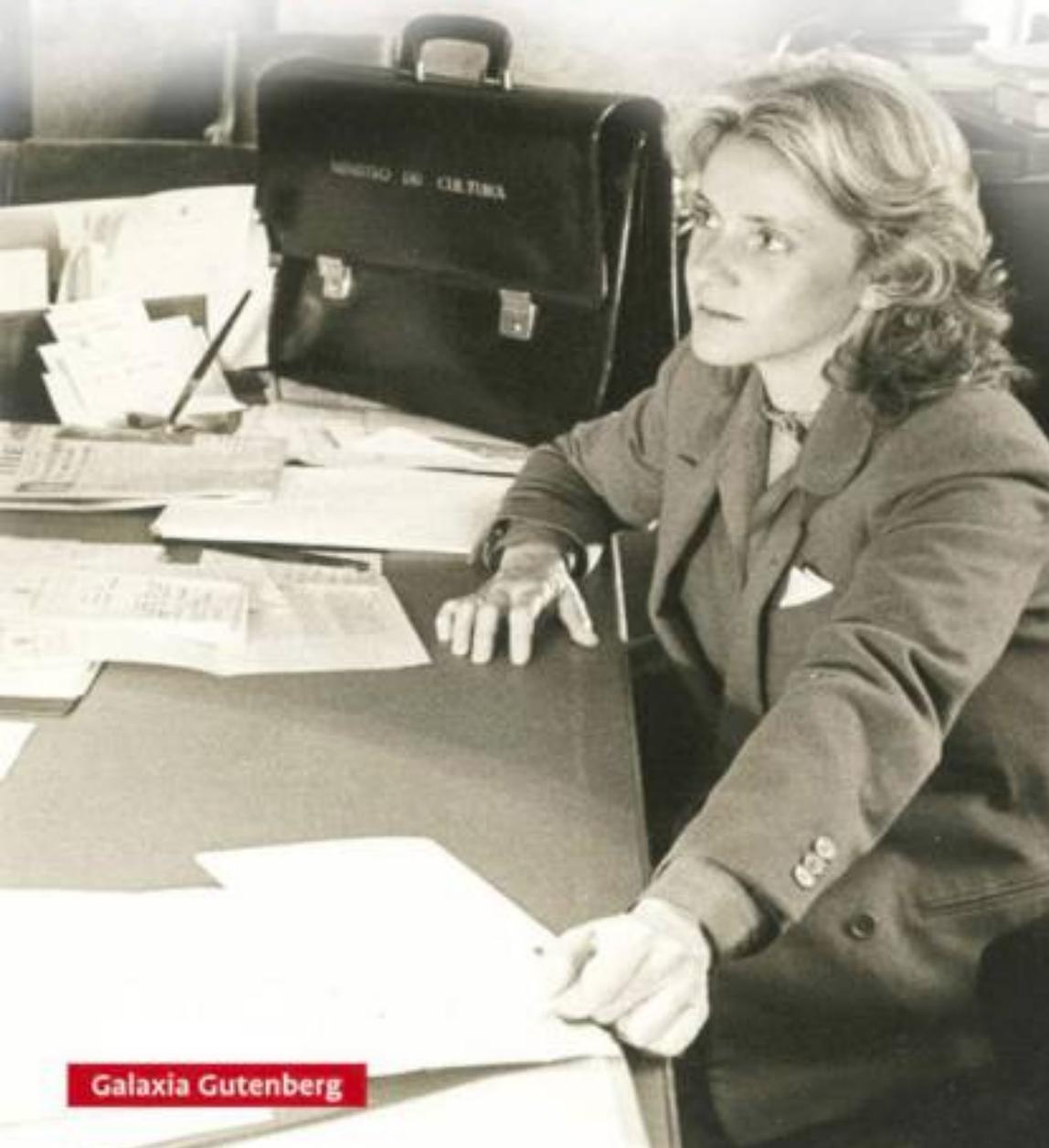


Soledad Becerril
Años
de soledad



Galaxia Gutenberg

Soledad Becerril Bustamante

© Cristina Lladó

(Madrid, 1944) es licenciada en Filosofía y Letras, especialidad de Filología Inglesa por la Universidad Complutense. Sus primeros trabajos fueron en el campo editorial y, posteriormente, se trasladó a Sevilla donde impartió clases en la Universidad Hispalense. Fue fundadora de la revista de información general para Andalucía *La Ilustración Regional* en el año 1973 y trabajó en ella.

Comenzó su actividad en la vida pública en 1976, en el Partido Demócrata y Liberal, fundado por Joaquín Garrigues Walker. En junio de 1977 concurrió a las elecciones generales por la coalición Unión de Centro Democrático (UCD), liderada por Adolfo Suárez, en las que resultó elegida diputada por Sevilla, y también en las elecciones generales de 1979. Participó en la comisión redactora del Estatuto de Autonomía para Andalucía.

El presidente del Gobierno Leopoldo Calvo-Sotelo la nombró ministra de Cultura y Deportes en 1981, siendo la primera mujer que accedió a una cartera ministerial en esta etapa de la democracia.

Es autora del libro *Idea de Sevilla* (1987) y, tras participar en las elecciones municipales de Sevilla, fue elegida, primero concejal, luego, primera teniente de alcalde y, en 1995, alcaldesa, por el Partido Popular (PP). Ha sido diputada en seis legislaturas, en una de ellas vicepresidenta del Congreso, y senadora en otra, siempre por Sevilla.

En julio de 2012 fue elegida por las Cortes Generales defensora del Pueblo, cargo que ejerció hasta el final de su mandato en julio de 2017.

Está en posesión de diversas condecoraciones, entre otras, la Gran Cruz de Carlos III, la Medalla de Andalucía y la Gran Cruz de San Raimundo de Peñafort. Actualmente está retirada de la vida pública y colabora en diversas ONG.

Soledad Becerril fue una de las veintiuna mujeres elegidas diputadas en las elecciones generales de 1977, en un Congreso donde había 350 escaños; fue la primera mujer nombrada ministra, de Cultura, en un Gobierno de la monarquía parlamentaria en 1981; fue, también, la primera mujer elegida alcaldesa de Sevilla, en 1995, ciudad a la que dedica páginas conmovedoras, y la primera mujer defensora del Pueblo, en 2012. Diputada en seis legislaturas, senadora en una, a veces en la oposición y otras veces con la mayoría ganadora, llegó a la política antes de cumplir los treinta años con el afán de tomar parte en los hechos y decisiones que permitieron alcanzar la democracia y el deseo de priorizar siempre la transigencia, el diálogo y la concordia.

En este libro recoge sus recuerdos de una larga etapa que empieza a comienzos de la década de 1970 y acaba a mediados de 2017. A lo largo de una gran parte de los años que rememora, la presencia de la mujer en la vida pública era casi inexistente, por lo que la actividad que llevó a cabo y su figura fueron seguidas con una atención inusitada y muy crítica.

Este libro está dedicado a los jóvenes para que valoren cómo se ha llegado a un Estado democrático y de derecho, y comprendan que este reciente capítulo de nuestra historia es uno de los que acaba bien. Y a las mujeres, que hoy lo tienen todavía difícil, para que el legado y el trabajo de personas como Soledad Becerril valga para que sean tratadas con respeto, igualdad y sin discriminación.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2018

© Soledad Becerril, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: © Juan Gyenes, VEGAP, Barcelona, 2018

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17355-91-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Dedico estos recuerdos de los años de mi vida pública
a Sole, Celia, Gaspar, Inés y Pedro, los nietos
a los que quiero y que alegran mis días.*

Índice

Prólogo

Introducción

1. PRIMEROS AÑOS EN SEVILLA
 - La ciudad y los libros
 - Otras Sevilla
 - La Ilustración Regional*
2. DEL PARTIDO DEMÓCRATA A LA UNIÓN DE CENTRO DEMOCRÁTICO
 - Joaquín Garrigues, Antonio Fontán y otros
 - Adolfo Suárez convoca elecciones generales
 - Diputada que vivió el golpe de Estado
3. MINISTERIO DE CULTURA
 - Una mujer en el Gobierno
 - Consejo de Ministros
 - Medios de Comunicación Social del Estado
 - Disolución del Parlamento
4. HACIA LA AUTONOMÍA ANDALUZA
 - Los difíciles comienzos
 - El referéndum del artículo 151
 - Elecciones al Parlamento
5. VOCACIÓN MUNICIPAL
 - La vida de concejal
 - Alcaldesa de Sevilla
 - Adiós al Ayuntamiento
6. EL PARLAMENTO
 - Una mirada atrás
 - De nuevo en el Congreso y en el Senado
 - Mi última legislatura, 2008-2011
7. LO QUE VE LA DEFENSORA DEL PUEBLO
 - La elección en el Congreso y en el Senado

La crisis

Emigrantes y refugiados: la otra crisis de los siglos XX y XXI

No olvidar

Epílogo

Prólogo

Lo que cuenta para Soledad Becerril, lo puedo asegurar, no es haber sido la *primera* (ministra, alcaldesa, defensora...) sino su batalla constante para no ser la *única*. Ha tenido siempre muy claro que de nada hubieran valido para las mujeres sus aparentes «triumfos» si no hubieran servido para abrir puertas a todas ellas.

Hoy, este trabajo suyo continúa. Y como comenta en este libro, nunca hubiera podido pensar entonces, ministra en 1981, que, a pesar de los grandes e indudables avances, nuestras hijas lo iban a tener tan duro como nosotras, que hay que seguir batallando y confiando en un mundo más justo para las mujeres.

Creo que, al terminar la lectura de este libro, pasarán a segundo plano sus logros políticos (relatados con tanta naturalidad como cualquiera de nosotros contaría su sencilla vida cotidiana) y nos quedará la imagen y el mensaje de una persona con un sentido clarísimo del bien público y de las obligaciones que su ejercicio conlleva.

Ejercicio que podríamos definir utilizando un término coloquial como «saber estar en su sitio». Con tesón, enorme tesón. Sin buscar el aplauso. Sin callarse nunca, planteando las preguntas adecuadas y exigiendo respuestas correctas. Y con una enorme comprensión, sentido del humor (¡sí!), capacidad de escuchar y transigencia. El poder concebido para que su ejercicio sirva al bien común.

El término *transigencia* es especialmente importante para los políticos que hicieron la Transición en España. ¡Cómo

se trivializa hoy!, ¡cómo trivializamos!

Aquella generación tuvo una voluntad clara: se trataba de superar la guerra civil y la dictadura. La guerra civil entendida como un conflicto provocado por la intransigencia de las generaciones anteriores, con independencia de su ideología. Fue la generación de la transigencia, la reconciliación y el europeísmo.

Soledad Becerril era la parte joven, testigo y actor de aquella generación. Estaba en el Congreso de los Diputados el 22 de julio de 1977, en la sesión conjunta Congreso y Senado (los primeros elegidos por sufragio universal desde 1936) cuando el Rey anunció «la democracia ha comenzado, ahora hemos de tratar de consolidarla».

Muchos de aquellos parlamentarios no habían luchado por la democracia, pero sí buscaban la reconciliación y todos utilizaban la política como «herramienta para la convivencia, para el diálogo, para el pacto». Soledad Becerril tituló su artículo de homenaje a Adolfo Suárez en 2014, año de su muerte, «La reconciliación como herencia».

Conviene, por todo ello, leer su libro detectando en cada capítulo que, detrás de una política de tesón, de ideas muy claras y de un liberalismo estricto en lo esencial y muy permisivo en el resto, ha habido una persona que ha priorizado siempre la transigencia, el diálogo y la concordia.

En estas páginas encontraremos, narrados en primera persona, momentos clave: restablecimiento de la Generalitat catalana, amnistía, aprobación de la Constitución, elecciones municipales, Estatutos de Autonomía.

Todo ello en un contexto enormemente difícil: crisis económica internacional, constante amenaza golpista, escalada terrorista, golpe de Estado...

Es, a mi entender, además de un análisis y una narración ajustada de los hechos, un homenaje al Rey, a Adolfo Suárez y a Felipe González.

Tiene Becerril, creo, una cierta esperanza de que la narración sirva a los actuales actores y a la memoria –instru-

mento indispensable— de nuestros nietos.

Si Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo y Felipe González están muy presentes a lo largo del libro, mucho menos explícitamente presente, pero dando sentido a todos, está Joaquín Garrigues.

Su liberalismo era de las grandes libertades públicas y también de las pequeñas libertades cotidianas. Hoy, esta ideología está extendida, entonces era excepcional.

Soledad Becerril estuvo con él desde el principio. En un partido que preconizaba una organización nacional descentralizada. No un Estado federal o una utópica asociación de soberanías inventadas. Un Estado «en el que las regiones de más acusada y reconocida diversidad histórica y cultural trabajarían con todas las demás para construir y recobrar una España democrática, liberal y abierta al entendimiento».

Probablemente las cosas en política hubieran sido muy distintas si Joaquín Garrigues no hubiera muerto. Pero esto son especulaciones y Soledad Becerril no es muy partidaria de ellas.

Otro momento que Becerril narra fue el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Ese dramático momento tuvo, paradójicamente, algunas ventajas: el nuevo, admirable y democrático Ejército, magníficamente preparado, cuyo honor fue defendido y representado por el general Manuel Gutiérrez Mellado; la conciencia nacional de los peligros para la democracia; el papel institucional que ese día asumió el presidente de la Generalitat, Jordi Pujol; el reforzamiento nacional e internacional de la imagen del Rey, no sólo como impulsor sino como defensor de los valores democráticos.

Fue ministra de Cultura algo menos de un año. En un momento terminal del Gobierno de Unión de Centro Democrático (UCD). Cuando los compañeros se deslizaban hacia Alianza Popular. Cuando la cultura (con enormes avances, ¡la llegada del *Guernica!*) era todavía dependiente de

un Estado intervencionista y, por supuesto, sin dinero y fuera de la entonces Comunidad Europea.

El monotema periodístico fue el pelo de la ministra, los trajes de la ministra, los hijos de la ministra... (no nos engañemos, hoy, disimuladamente, sigue pasando lo mismo, las formas de los comentarios son distintas, pero el fondo ha cambiado muy poco).

Becerril no tenía experiencia en la gestión, pero sí tuvo un magnífico equipo, al que recuerda, con toda justicia, en este libro. Tenía también, por su parte, unas ideas muy claras sobre el papel y la acción del Estado, sobre sus prioridades y sobre lo que significaba el artículo 149.2 de la Constitución en materia de cultura, de reparto y colaboración cultural con las comunidades autónomas. Un régimen de concurrencia total, particular y excepcional. Sólo en cultura, esencial para la cohesión interna de la nación española.

Estas prioridades fueron expuestas ante la Comisión de Educación y Cultura del Congreso de los Diputados y se pueden resumir en algo que hoy nos parece evidente y que entonces no lo era: los límites a la intervención del poder político en materia cultural. No adoptar unos valores, sino «promover la vida de los distintos valores, esencial en el esfuerzo nacional de reconciliación. Garantizar la independencia de la cultura y proteger su libertad. Asegurar la igualdad de acceso a los bienes culturales y, para ello, dotarse de infraestructuras y de una política fiscal acorde con los artículos 44 y 46 de la Constitución y, por supuesto, de un esfuerzo presupuestario».

¿Todo esto puede parecer generalidades, buenas intenciones? Pongo algunos ejemplos de realidades en menos de un año:

- Museo Reina Sofía: primero iba a derribarse, luego a destinarse a viviendas sindicales, después a un variopinto contenedor cultural... Hoy, aquí está el magnífi-

- co museo, por decisión de Becerril y el proyecto del arquitecto Antonio Fernández Alba.
- Auditorio Nacional de Música: complejas expropiaciones, hoy extraordinario e inagotable auditorio, entre los más importantes de Europa. Proyecto de García Paredes y decisión de Soledad Becerril (¡antes íbamos a los conciertos los domingos a las 10 de la mañana en el cine Monumental, en Atocha!).
 - Puesta en marcha y primera edición de ARCO: primera feria de arte contemporáneo... iniciativa admirable de Juana de Aizpuru. Punto de partida de una España vanguardista, abierta y plural. Visitada en aquel febrero de 1982 por más de 40.000 personas.
 - Eliminación, consecuente, del impuesto de bienes de lujo que pesaba entonces sobre las obras de arte.

No, no fueron meses de generalidades. Sobran los comentarios sobre trajes y peinados...

La vida municipal de Soledad Becerril en la ciudad más bonita del mundo, Sevilla, exige una mención especial. Si alguien parece no nacida para ser alcaldesa es la severa castellana y cántabra Soledad Becerril. Y, si alguien ha sido admirada, querida, respetada, valorada en su trabajo constante veinticuatro horas al día es ella. La preciosa plaza «Alcaldesa Soledad Becerril» en el centro de Sevilla lo dice todo.

Y, a estas alturas, creo que es necesario hacer una nueva referencia a la política de la mujer.

Cuando Soledad Becerril llegó al ministerio, se habían tomado por el Gobierno de UCD importantes medidas para la equiparación jurídica: filiación, divorcio, ejercicio compartido de la autoridad parental y administración de bienes;

reformas penales sobre adulterio, amancebamiento, anti-conceptivos.

Avances, muy importantes en equiparación jurídica pero no en equiparación real.

Los obstáculos eran, y son todavía hoy, callados pero casi insalvables. Incluso, dentro de las propias filas.

Presenció –Soledad Becerril nunca lo cita y hace bien– la visita de una reputada política de uno de los partidos que formaron UCD y responsable en él de estas materias. Mantenía, defendía y presionaba para la no equiparación de los hijos legítimos y los naturales. Cuando la ministra, atónita, le preguntó «¿Y qué propones que hagamos con los hijos naturales?», ella respondió: «¡Mejorar los orfanatos, por supuesto!».

No, las cosas no fueron fáciles.

Este libro, decíamos al principio de esta nota, es necesario para la rendición de cuentas y para el no olvido. Es también, a mi avanzada, nuestra avanzada edad, una reclamación necesaria.

Con voz cortés, sonriente y suave, he oído a Soledad Becerril manifestar ante nuestros propios «superiores» políticos: «No puedo aceptar esta situación, no puedo aceptar esta respuesta. ¿Sabéis por qué? Porque ya no tengo edad para ello».

No, no tenemos ya edad para callar, para aceptar lo inaceptable, para asumir que nuestros nietos no vivan en una sociedad mejor; para dejar que sólo se oiga la voz de los que más gritan..., para olvidar.

Cuando ETA asesinó el 30 de enero de 1998 a Alberto Jiménez-Becerril y a su mujer, Ascensión García (¡treinta y siete años, tres hijos!), Soledad lloraba y lloraba ante sus cadáveres en el gran salón del Ayuntamiento de Sevilla. Hoy dice: «No olvidaré jamás la madrugada del 30 de enero. Pero tampoco quiero olvidarla».

BEATRIZ RODRÍGUEZ SALMONES

Introducción

En varias ocasiones, a lo largo del tiempo, he tenido el propósito de escribir sobre etapas de mi vida pública, pero reconozco que las dudas sobre el interés que pudiera tener me han llevado a posponerlo.

He vuelto sobre ello; he vuelto a pensar si haber sido una de las pocas mujeres que tuvo la posibilidad de participar de manera activa en la política española a comienzos de los años setenta, cuando estaba reservada a los hombres, como tantas otras actividades, y luego haber ocupado cargos públicos de alguna relevancia, lo justificaba.

Y aquí estoy con recuerdos de momentos que fueron buenos, que me ilusionaron, en los que me sentí animada por los proyectos o por los propósitos conseguidos, y ante otros que me entristecieron, me desanimaron, e incluso me provocaron deseos de abandonar porque en la vida pública una se pregunta, en ocasiones, si vale la pena ser siempre observada, dar todos los días explicaciones, saber que has hecho o dicho algo que ha molestado, que hay personas enfadadas contigo o, sencillamente, que te has equivocado y que tu error puede tener consecuencias.

Pero, al final, me ha vencido el consuelo y la tentación de la escritura. Porque he escrito artículos de opinión, documentos de trabajo o propuestas de actuación, pero esto es distinto. Ahora, describo situaciones que apenas he comentado; algunas, a las que jamás me he referido; otras, que al recordarlas me han hecho esbozar una sonrisa, y